

EL VENECIANO

BLAS MALO

EL VENECIANO

UN MERCADER. UN ASESINATO. UN SECRETO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

OJOOJO OJO CAMBIAR

Primera edición: noviembre de 2018

© Blas Malo Poyatos, 2018
© de la presente edición: Edhasa, 2018
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6327-2

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 24417-2018

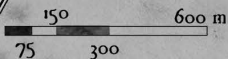
Impreso en España

*A la memoria de John Julius Norwich (1929-2018),
por sumergirme en el Imperio Romano de Oriente
y en la gloria de su pasado.*

*A Blanca mi mujer y a mi hijo Blas Carlos,
que son mi presente y mi futuro.*



1. Palacio Ducal
2. Basílica de San Marco
3. Biblioteca Marciana
4. Zecca
5. Campanile
6. Plaza de la Mercería
7. Puente de Rialto
8. Lonja de Peschiera o del Pescado
9. Banco de Giro
10. Almacenes de la Sal
11. Casa Lascaris
12. Casa Tortelli
13. Arsenal
14. Embajada francesa
15. Embajada británica
16. Embajada rusa



DRAMATIS PERSONAE

PERSONAJES PRINCIPALES

DE LA CASA LASCARIS

Marco Lascaris	Mercader de sal en Venecia
Antonio Lascaris	Hijo de Marco Lascaris
Adriana	Esposa de Marco Lascaris
Beatriz	Hija de Marco Lascaris
Ana	Hija bastarda de Marco Lascaris

DE LA CASA TORTELLI

Giacomo Tortelli	Uno de los Tres Inquisidores
Cassandra	Hija de Giacomo Tortelli

DE LA CASA CONTARINI

Alvise Contarini	Magistrado veneciano en Verona
Lucio Contarini	Miembro del Consejo de Venecia

Ludovico Manin	Dogo de Venecia
Napoleón Bonaparte	Comandante en jefe del ejército francés en Italia

Edme Joseph Villetard	Representante francés en Venecia
Augustin Barbarigo	Uno de los Tres Inquisidores
Bruno	Guardaespaldas al servicio del Consejo de los Diez

Tiresias	Bibliotecario de la Biblioteca Marciana (o de San Marco) en Venecia
----------	---

Cristóforo Tentori	Abate de origen español al servicio de Inglaterra
Tomás Pedro Zorzi	Veneciano al servicio de Francia

RESTO DE PERSONAJES (por orden de aparición)

Francesco Battagia	Proveditor Extraordinario en Tierra Firme.
Antoine Balland	General francés en el sitio de Verona
Sofía	Joven veronesa, amante de Antonio Lascarís
Giuseppe Giovanelli	Magistrado veneciano en Verona
Eresto Loredan	Miembro del Gran Consejo de Venecia
Jean-Andoche Junot	Edecán de Napoleón Bonaparte
Alvise Querini	Embajador de Venecia en París
Giacomo Brunesi	Viejo gondolero al servicio de Marco Lascarís
Bernardo Trevisan	Asistente personal del dogo Manin
Francesco Doná	Embajador veneciano enviado ante Bonaparte
Leonardo Giustiniani	Embajador veneciano enviado ante Bonaparte
Jean-Battiste Lallemand	Representante francés en Venecia
Domenico Pizzamano	Comandante de la Laguna
Chabrand, Víctor y Kilmaine	Generales franceses en el sitio de Verona
Nicolás Morosini	Comisario de la ciudad de Venecia
Silvio	Zapatero vecino de Giacomo Tortelli
Nicolás Erizzo	Proveditor extraordinario enviado a parlamentar a Verona, y miembro de la Consulta Negra
Antonio Stratico	General veneciano enviado a Verona
Louis Antoine Fauvelet de Bourrienne	Secretario de Bonaparte

Francesco Pesaro	Comisario y proveedor de la Laguna
Zuane Emo	Uno de los tres <i>Capii</i> , del Consejo de los Diez. Miembro de la Consulta Negra
Juan Baptista Dolfin	Miembro de la Consulta Negra
Juan Minoto	Miembro de la Consulta Negra
Alvise Pisani	Miembro de la Consulta Negra
Antonio Ruzzini	Miembro de la Consulta Negra
Tomás Coldumer	Lugarteniente de Francesco Pesaro
Alvise Mocenigo	Responsable del Arsenal y también emisario ante Napoleón
Richard Worsley	Sire y embajador inglés en Venecia
Grimani	Embajador de Venecia en Viena
Juan Zusto	Sustituto del caballero Pesaro
Ruzzini de Giovanne	Miembro de la Consulta Negra
Andrea Spada	Secuaz de Zorzi
Nikolai	
Semienovich Mordvinov	Embajador ruso en Venecia
Emmanuel-Louis-Henri de Launay,	
conde D'Antraigues	Francés, consejero del embajador ruso

PRÓLOGO

VENECIA, 16 DE ABRIL DE 1797. DOMINGO DE RAMOS

Todo son sospechas en el Palacio Ducal. Nadie está a salvo.

En Europa, Austria retrocede ante Francia; y en la Tierra Firme veneciana, las voraces tropas francesas del ambicioso general Bonaparte se han extendido por todo el Véneto y han esparcido su veneno a través de sus agentes. Al amparo de una dudosa neutralidad, han entrado en Padua y Verona. Las ciudades de Bérgamo, Brescia y Saló han escuchado sus ponzoñosas palabras y sus falsas promesas, y se han alzado en armas contra la Serenísima República, su patria madre. Las milicias reunidas a toda prisa por los proveditores, en vez de someter a los rebeldes a los dictados del Senado y del Gran Consejo, se han lanzado como una horda contra los disciplinados franceses.

La neutralidad que mantiene viva a la Serenísima y Dominante se resquebraja. Cada día que pasa, la amenaza de la guerra con Francia crece.

* * *

En la noche de Domingo de Ramos, mientras Venecia duerme aún a salvo rodeada por su laguna, los puños golpean las mesas de ricas maderas en el Consejo y las acusaciones resuenan atronadoras, incluso después de dar por terminada la reunión de urgencia. Ha concluido agria y bronca, entre voces e insultos de los consejeros togados. Uno de los asistentes, un anciano

no vestido de escarlata, uno de los Tres, hastiado, abandona la sala entre espavientos, rabia desbordada y reafirmada decisión. Deja atrás la sala, recorre el pasillo en penumbra que lleva hasta las escaleras que conducen a las estancias restringidas y sube a toda prisa, aferrándose a las paredes con sus manos secas y nervudas y la respiración sofocada. Entre dientes, rechina cólera. Alcanza un oscuro y estrecho despacho. Una lámpara de aceite ilumina débilmente la única mesa y las tres sillas alineadas contra un lado de la pared. El anciano rebusca entre los cajones de la mesa, abriéndolos con su llave sin disimular el ruido, y esparce documentos e informes sin importarle que estén bajo secreto de Estado y que su revelación se condene con la muerte.

Ha apurado los últimos argumentos, el postrero hilo de esperanza. Ya no hay más que una salida, piensa el furioso anciano. Bajo la luz trémula de la lámpara, busca y remueve más y más los escritos con los sellos de la República que ocultó allí. Pero no los encuentra. Un pequeño Cristo crucificado colgado en la pared es testigo obligado de sus desvelos. Al anciano le tiemblan las manos. Tiempo, necesita tiempo. Pero ya no queda tiempo para nada.

Oye cómo crujen los escalones de la escalera. Se detiene, paralizado. Se levanta con dolor en sus articulaciones gastadas, apoya una mano sobre la mesa. Tiene que huir de allí. El ruido está cerca. Muy cerca. Se vuelve, alterado.

—Ah. Eres tú.

De pronto las sombras de unas manos fuertes se lanzan contra él, lo alzan en vilo, le atenazan, lo estrangulan. La talla del Cristo tiene la cabeza ladeada hacia un lado y los ojos cerrados, con expresión de sufrimiento; es mejor no mirar. La luz de la lámpara proyecta sombras de angustia contra una de las paredes. Un grito ahogado se extingue. Un pataleo frenético y desesperado golpea el aire. Son sombras que aferran sombras entre gorjeos delirantes, entre convulsiones que son antesala de la muerte.

MANIFIESTO

NOS, FRANCESCO BATTAGIA

Por la Serenísima República de Venecia, Proveditor Extraordinario en Tierra Firme.

El ardor fanático de algunos malhechores enemigos del orden y de las leyes ha incitado a las gentes sencillas de Bérgamo a rebelarse contra nuestra justa y legítima Autoridad, y a propagar en otras Ciudades y Provincias del Estado ideas innobles por medio de una horda de facinerosos pagados para agitar también aquellas poblaciones. Contra estos enemigos del Principado, animamos a todos los súbditos fieles a tomar en masa las armas, disolverlos y destruirlos, no dando cuartel ni perdón a nadie, ni aunque se rinda prisionero, y por supuesto con la seguridad de que el Gobierno dará ayuda y asistencia con dinero y tropas esclavas que ya están a sueldo de la República y preparadas para combatir.

No tenemos ninguna duda del resultado feliz de esta empresa. Podemos asegurar al pueblo que el ejército austriaco ha rodeado y derrotado por completo a los franceses en el Tirol y en Friuli, en plena retirada junto a los pocos restos de esas hordas sanguinarias y ateas que bajo el pretexto de la guerra contra sus enemigos han devastado el país y expoliado las provincias de la República, que siempre ha demostrado una amistad sincera y neutral. Por lo tanto los franceses no tienen forma de prestar ayuda y socorro a los rebeldes, que esperan el momento favorable de impedir esa retirada porque tienen necesidad obligada de su ayuda.

Invitamos a todos aquellos ciudadanos de Bérgamo que permanecen fieles a la República y a los de todas las otras poblaciones a hostigar a los franceses apostados en

las ciudades y castillos que contra derecho han ocupado, y dirigirse a los Comisarios Pier-Girolamo Zanchi y Pietro Locatelli para recibir las oportunas instrucciones. Quienes así lo hagan recibirán un sueldo de cuatro liras al día por cada jornada dedicada a este cometido.

Firmado en Verona, a 21 de marzo de 1797

FRANCESCO BATTAGIA,
Proveditor Extraordinario, en T. F.
Giammaria Alegres,
secretario de Su Excelencia

(Clavado en los portones del palacio de gobierno de Verona y en las iglesias en la noche del 16 de abril por mano desconocida, para conocimiento público.)

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

EL DÍA DE LA FURIA

VERONA, 17 DE ABRIL DE 1797. LUNES DE PASCUA

El panadero soltó la larga pala en su rincón y, para atender al burgués, se sacudió la harina de las manos dando grandes palmadas. Luego se las restregó en el mandil blanco y tomó del estante una barra rústica, larga como un brazo, con la corteza quebrada y crujiente. El horno irradiaba calor. Acababa de introducir la última masa. Se había atrevido a abrir el establecimiento a pesar de los tumultos, de las voces y de las horcas levantadas al aire en las calles.

–Y una paloma, también –pidió el hombre, sin dejar de mirar a la calle a través del portón y de la ventana.

El panadero asintió y tomó el pan de Pascua del estante superior, donde había varios más expuestos. Lo ofreció delicadamente envuelto en su papel al comprador, quien no se resistió a probar un pellizco de su apetitosa cobertura de naranja confitada, almendras glaseadas y avellanas. Suponía una pequeña alegría en un día peligroso. Desde la tarde anterior, miles de campesinos habían abandonado sus campos y descendido de las montañas, para adueñarse de las calles de Verona. Habían irrumpido decididos como lobos, pero las largas horas de vela frente a las hogueras improvisadas y la borrachera los habían adormilado, y vagaban en grupos, como desorientados y esperando no se sabía qué. Las buenas gentes no habían dormido en toda la noche y quien podía evitaba salir de su casa.

–Como cuando aparecen las nubes, que poco a poco se juntan hasta que forman una tormenta.

–¿No han dicho nada los magistrados ni el Podestá?

–Que tengamos calma. Que tengan calma. Pero les miras a los ojos y sabes que mienten. Están preocupados. –El burgués le hizo señas para que se acercara tras el mostrador. Bajó la voz–. En las afueras hay muchos muertos. Franceses. Me lo han dicho.

–¡Jesús!

–¡Dicen que hay una proclama del Podestá incitando a matar a todos los franceses! Pero Battaglia está ausente en Venecia y los magistrados han replicado en su nombre que esa proclama es falsa y que nadie ataque a los franceses. ¡Escucha! Yo he visto al francés Balland andando a trancos hacia el palacio para exigir explicaciones. Señor Jesús, María y José, los franceses están muy nerviosos. Y Venecia está muy lejos. –Se acercó aún más a la oreja del panadero–. Me han dicho que en Venecia el canal Orfano estaba colmado de cadáveres de los franceses y polacos detenidos en Saló, que se podía andar sobre las aguas de un lado al otro del canal pisando sobre los cuerpos torturados. Y que los franceses lo saben. ¡Nos libre Dios de su venganza!

–Esos no creen en nada.

De repente, un grupo de milicianos pasó por delante del portón. Una cabeza miró dentro con curiosidad, sonrió como un lobo mostrando sus dientes amarillos y dio un silbido largo y una voz. Los milicianos entraron en tropel, con gorros rojos, chalecos de lana sucia y portando cuchillos de monte y recias azadas. Uno de ellos, robusto y de nariz grande y bulbosa, con el rostro sucio de tierra y hollín y pelo negro y desarreglado bajo el gorro torcido, portaba un mosquetón, y señaló a varios de sus camaradas para que arramblaran con todo el pan ya cocido. El burgués se hizo a un lado, aterrado. El panadero lo notó: el pobre hombre se había orinado en sus calzas.

–En nombre de la República, nos lo llevamos todo. Hay que alimentar a la tropa, no a los franceses. ¡A los franceses, ni agua!

–¡No! ¡Deteneos! ¡No podéis hacerlo! ¡Yo vivo de esto! ¡Me matáis! –El panadero hizo amago de tomar su pala y oponerse, pero el cabecilla lo empujó con el cañón del mosquete hacia la pared. El panadero cedió: la boca del arma estaba caliente, lo cual no desvelaba nada bueno.

–¡Tú, a callar! ¡La República es lo primero! ¡La harina, cogedla también! –Uno de los milicianos, un campesino desarra-
pado, aunque de rostro hermoso, se detuvo frente al burgués y lo intimidó con una mirada fija. Sin dejar de mirarle, le abrió la talega, le sacó el pan y el dulce, y arrancó y mordió una parte, a dos pulgadas de su cara. De su boca con aliento a vino cayeron migas de pan. El vecino estaba petrificado. El miliciano, conforme con su miedo, le sajó la bolsa de monedas y, tras quedársela, se olvidó de él.

–¡El Podestá lo sabrá! ¡El magistrado Giovanelli lo sabrá!

El cabecilla sonrió con burla. Nuevos hombres ofrecieron sus brazos para saquear la panadería.

–Yo me cago y me meo en el Podestá y en los magistrados, en sus manos blancas y en su pan blanco. ¿Esos qué harán por Venecia? ¡Nada! ¿Quieres vivir? Pues no repliques más. ¿O acaso simpatizas con los franceses! ¿Es eso?

–No... ¡No!

–¿Es eso cierto? –El cabecilla le golpeó con el arma en la boca del estómago. El panadero cayó al suelo, encogido de dolor. El burgués se encomendó a Dios en silencio, cerrando los ojos–. Prendedle. ¡Prended a los dos, que ya nos enteraremos si son jacobinos o no!

–¡Es injusto! ¡No he hecho nada!

El cabecilla detuvo a sus compañeros, que ya arrastraban a los dos desdichados hacia la puerta. Miró al panadero, frente a frente, con maldad y furia. Luego al cortinaje que daba a una escalera.

–¿Es esta tu casa? ¿Tienes mujer? ¿Tienes hijas? Da gracias de que no coja nada más.

* * *

–Estás loco.

–Aún no me has dicho si te escaparás conmigo, Sofía.

Hacía rato que las campanas habían dado las cuatro. Era una tarde calurosa. La joven se asomaba al balcón de piedra, dejando que su ensortijada melena castaña se desplegara hacia donde estaba su valiente admirador. El corpiño apretaba sus formas generosas. Su piel clara se doraba con el sol de primavera. Sus ojos de miel miraban al joven con intensidad tiránica.

–¡Estás loco! –repitió ella, con la excitación de saberse deseada y con el temor de ser descubierta–. Los milicianos campean por las calles, mi padre está fuera y puede aparecer en cualquier momento, y tú, ¡tú!, quieres que lo deje todo y me fugue contigo. Ya te he dicho que mi padre está a punto de llegar. ¿Es que no le temes? ¿O es que vigilas cuándo entra o cuándo sale?

–Claro que vigilo. Cuando me interesa. ¡Baja!

–¡Calla! ¡Te oirá mi madre!

El joven sonrió, haciendo que el corazón de Sofía palpitará de emoción. Era un presuntuoso, un hombre insoportable, aunque galante y hermoso; era un Lascaris y no le temía a nada. Y todo resultaba sumamente atrayente.

–Tengo caballos, huiremos hoy, ahora, ¡vamos!

–Mi padre no lo consentiría –replicó la bella costurera desde la balaustrada de piedra–. Se dice que ya estás comprometido en Venecia con un buen partido, una pariente del magistrado Contarini. ¿Qué diría tu padre?

–¡Al diablo con mi padre! Aquí me tiene, encerrado en Verona porque se avergüenza de mí. Olvídate de todos, solos tú y yo... Ven y te haré princesa. Huiremos lejos, a Roma, o a Viena. O a París. ¡A París, Sofía, juntos!

–¿Es más hermosa que yo? –dijo, girando su rostro, su perfil bello, sus labios de corazón marcado. Pero siguió mirando de refilón al joven Antonio, impaciente y ansioso por convencerla.

–¿Cómo puede ser hermosa una Contarini, cuyos padres y tíos tienen el rostro cetrino, alargado y anguloso de un mal caballo? No podemos esperar más. Esta mañana han detenido a muchos por una pelea en una taberna y los soldados patru-

llan las calles. ¡Eres la más hermosa de todo el Véneto! ¡Ven conmigo!

Sofía alzó el rostro, contenta de nuevo, e iba a reír cuando se fijó en un extremo de la calle. Los vecinos corrían a sus casas. Las mujeres arrastraban a toda prisa a los niños, que no entendían nada y lloraban amargamente al ruido de las campanas primero, de los disparos después.

—¿Qué sucede? —Pero él mismo se volvió hacia la calle.

Alguien gritó su nombre.

—¡Aprisa, corre, es mi padre!

De forma repentina, las campanas de la ciudad comenzaron a sonar, despertadas de pronto por el sonido retumbante procedente de la Torre de Lamberti, donde la gran campana Rengo llamaba a la población a las armas desde su habitáculo octogonal, en lo alto de la centenaria edificación. Era usada para llamar al consejo de la ciudad a los nobles y para alertar de un peligro armado. Y todo quedó claro cuando sonaron los primeros disparos de mosquetones y los redobles de tambores levantaron ecos en las calles. Los veroneses se quedaron mudos, y el miedo y la sorpresa les hicieron agachar la cabeza al oír el primer cañonazo desde el castillo de San Felice; poco después, tras un estruendo, se levantó una nube de polvo y escombros desde la plaza de la Señoría.

Después todo se precipitó.

Los milicianos, con el padre de Sofía a la cabeza, corrían hacia las tres fortalezas de la ciudad, dispuestos a arrancarlas de las manos de los franceses, cuando aquel señaló a Antonio Lascaris con el índice.

—¡Ese, ese es quien le ha sorbido el seso a mi hija! ¡El ladrón de su inocencia! Y tú, mala pécora, sí, escóndete, que ya te daré tu escarmiento. ¡Cogedle! ¡Cogedle! ¡Es un jacobino!

—Ah, sí, ¡le conocemos bien! —dijo uno, mientras otro cuchicheaba contra el joven. Antonio reconoció al que hablaba por lo bajo. Había sido un criado de la casa.

Antonio los maldijo a todos. Por ambos lados de la calle estaba encerrado entre milicianos. Gritó y buscó un paso entre

ellos, una salida a codazos y puñetazos. Escupía rabia. Buscó la esquina y la otra calle, que seguía hacia San Nicolás, pero una mano le agarró la manga, luego otra, y ya no pudo soltarse. Fue arrastrado con violencia y dejó de ver el cielo entre tanto rostro furioso, entre tanto puño, entre tanto dolor. Se quejó de nuevo cuando lo dejaron caer rudamente de espaldas sobre el empedrado de la calle. Alzó los brazos magullados esperando nuevos golpes, pero no llegaron. La turba se abrió. El padre de Sofía, cerca de él, le miraba con odio. Sofía había desaparecido del balcón. Un cabecilla se adelantó y habló, tras rascarse un momento su nariz bulbosa. Sujetaba con fuerza el mosquetón.

—Oíd todos. Este es hijo de Lascaris, y más que veneciano es un traidor a su sangre. ¿Sabéis con quién habla, con quién trata? Con los franceses. Son enemigos de nuestra patria. ¿Qué dicen los rumores? Que Napoleón Bonaparte ha sido derrotado en el Tirol. Así que, ¿por qué hemos de soportar a los franceses en nuestra ciudad? No los necesitamos. No los queremos. ¡Hemos aguantado su desprecio durante más de un año! Ni un insulto más. Nada de agachar la cabeza. No. ¡Muerte a todos ellos!

El griterío y los esputos hicieron temblar al joven Lascaris. Se tentó la sangre del rostro e intentó levantarse, pero el cabecilla se lo impidió poniéndole su ruda bota sobre el pecho.

—¿No os oís? —Gimió casi sin aire—. Ni Giovanelli ni Contarini ni Battaglia lo consentirán. Venecia es neutral. No sois vosotros, es la larga sombra del Senado la que habla en vosotros. ¡Desistid! ¡Dejadme!

—Los magistrados y el Podestá son unas ratas cobardes. Nosotros salvaremos la ciudad, ¡abajo los franceses! ¡Viva el Dogo! Y daremos ejemplo contigo.

De pronto la puerta de la casa se abrió y el rostro del padre de Sofía se fue demudando. Cuchillo en mano, Sofía se arrojó contra el cabecilla. Su madre salió tras ella para detenerla. Sofía. Tan hermosa, tan brava. Varios vocearon y las sujetaron contra su voluntad, y otros más entraron en la casa dispuestos a saquearla. Llegaron voces y lamentos de otras casas mientras si-

llas y enseres eran arrojados por las ventanas sin compasión. Se oyeron disparos.

–¡No! ¡Dejadlas! –rogó el padre.

El cabecilla le miró con odio. Quitó el pie del pecho del joven Lascaris y se encaró con el padre.

–¿No serás tú también un jacobino? Quizá disimulas. Quizás entregas a uno para salvarte tú. Pero nos enteraremos. ¡Llevadlas a la plaza!

Las dos mujeres suplicaron en vano. La madre se derrumbó de pena cuando desde la ventana arrojaron a la calle platos, cajones, una cesta de costura y una caja de música, que se estrelló contra el suelo con una agónica nota final. Aquella turba buscaba monedas, medallas, oro.

Antonio miró a Sofía. Y no esperó más.

Se puso en pie, sacó una pistola y apuntó al cabecilla. Algunos le increparon. El líder de aquel grupo alzó una mano, pidiendo silencio.

–Quien se mueva es hombre muerto. –Antonio amartilló la pistola.

–Insensato. Entrégate o mataremos a las dos.

–¡No! –El padre, asustado, se abalanzó sobre Antonio Lascaris. Los dos forcejearon. Un dedo apretó el gatillo, sonó el disparo. Ambos se miraron, temiendo la muerte. Después miraron hacia el cielo. El disparo había alcanzado el alero del tejado en el mismo momento en que los cañonazos desde San Felice y desde el castillo de San Pietro impactaban sobre la Torre de Lamberti y sobre el Palacio Público. Los campesinos los separaron, se abalanzaron sobre el joven y lo desarmaron. El cabecilla se desentendió de Sofía y de sus padres, que miraban espantados, sujetos por varios de los campesinos, y comenzó a dar órdenes. Sofía ahogó un grito cuando un miliciano tendió una soga desde la balaustrada de piedra del balcón. Ataron las manos de Antonio Lascaris a la espalda y le pusieron la soga al cuello.

Después lo izaron.

El grito de Sofía fue desgarrador. Ante ella, el joven Lascaris se estaba asfixiando, incapaz de asirse mínimamente a las lla-

gas de mortero entre las piedras de la fachada, moviendo las piernas y balanceándose como un gusano en un anzuelo, sintiendo las fibras de esparto de la soga hincándose en su mandíbula por el peso del resto de su cuerpo, un cuerpo incapaz de librarle de su tormento y de dar aire a sus pulmones. Un cuerpo cuya angustia creciente le hacía cimbreado de un lado a otro, sintiendo la desesperación de la muerte que se acercaba.

El cabecilla estaba disfrutando con el horrendo espectáculo.

Y alzó la cabeza al cielo un instante demasiado tarde.

El bolaño de piedra impactó contra la casa, atravesando el tejado y la primera planta, y destrozando la balconada superior. La soga rota perdió tensión. Antonio Lascaris cayó como un fardo al suelo junto con los cascotes. Un segundo cañonazo dispersó a los milicianos y llenó la calle de muertos y heridos. Y entre el caos, unas manos femeninas se precipitaron hacia el joven y cortaron sus ligaduras. A pesar de las magulladuras, Antonio besó a Sofía con una fuerza y un deseo inusitados a los que ella correspondió. Pero no podía quedarse allí. Se restregó las muñecas, luchó contra su aturdimiento y el dolor de sus piernas, tomó el cuchillo y la pistola, y se preparó para luchar por su vida.

El cabecilla no se movía. Una teja desafortunada había impactado en su cabeza, arrancándole del mundo de los vivos. Los heridos gemían e intentaban alejarse de los muertos. Sofía y sus padres estaban aturridos ante la visión de su casa, arruinada y que por poco no había sido su tumba. Estaban aturridos pero vivos. Antonio se liberó de las manos de Sofía.

—¡Poneos a salvo! ¡Yo no tardaré!

—¡A dónde vas, loco! —le gritó Sofía con los ojos llenos de lágrimas.

Entre el caos, Antonio se alejó de la calle en dirección al centro de la ciudad. Seguían sonando los cañones. El cielo se llenaba de estelas sibilantes, aquí y allá caían fragmentos de aristas de piedra, de mortero, de cal, y las mujeres gritaban llamando a Dios, y a la Virgen, y a san Zenón, patrón de la ciudad. El joven alcanzó la plaza de la Señoría y se detuvo precipitada-

mente en medio del fuego de mosquetones de milicianos veroneses y tropas francesas que respondían a los tiros mientras se retiraban a los cuarteles. Tras una esquina, contó hasta cinco y después echó a correr protegido por los soportales. Algunos disparos se dirigieron contra él pero no acertaron. Tenía que verlo con sus propios ojos. Allí estaba, sí, la orgullosa torre con varios impactos en su cuerpo de mampostería. Humo. Se habían provocado fuegos por la ciudad y los franceses respondían a la agresión de las milicias. Se apartó, ocultándose bajo el dintel de una hospedería. Una multitud de veroneses huían de la plaza. Los cañonazos se habían producido cuando estaba a punto de comenzar la misa de las cinco en Santa María de la Antigua, y hubo quienes, vestidos para la celebración y movidos por la rabia, se unieron en ese mismo momento a los milicianos venecianos, tomaron las armas y, desde barricadas improvisadas, dispararon a los soldados franceses que se replegaban con urgencia hacia los castillos.

Le habían llamado jacobino. Quizá lo era.

Casi ocho años atrás, la revuelta de la toma de la Bastilla en París había conmovido los cimientos del mundo. Unas nuevas ideas que ni monarquías añejas ni noblezas caducas habían podido detener atravesaron las fronteras más allá de Francia, y con el paso de mano en mano de pasquines prohibidos Antonio se contagió de esas ideas. Y decidió conocer más. Se juntó con otros como él, intrigados e interesados por esas ideas que unos combatían con ferocidad y otros propagaban con pasión tenaz. El temor dio paso a la emoción. En cada reunión siempre eran más: gota a gota crecían los regueros, antes de formar arroyos, luego ríos, luego mar. Y eran mar, estaba seguro, un mar de descontentos dispuestos a escuchar esas maravillosas palabras en Bérgamo y en Milán que les traían los libros franceses y sus divulgadores clandestinos.

—El poder emana del pueblo, no debe estar en manos de una oligarquía rancia de siglos —había dicho el francés con convencimiento—. Estamos al comienzo de una nueva era, y en Venecia todo está corrompido y podrido. Libertad, Igualdad, Fra-

ternidad, todo será nuevo y diferente desde ahora, y el cambio ya ha llegado para crear una sociedad donde se premien los méritos, las capacidades, y no la cuna; donde la educación dé alas y haga al hombre, y no lo encadene a ningún destino prefijado por otro; donde se dé luz y voz a los oprimidos en vez de oscuridad y silencio.

—¿De verdad seremos libres? ¿De verdad ya no habrá señores? —preguntó un viejo. Antonio se quedó impresionado al ver sus ojos grises húmedos de emoción y esperanza, como si no pudiese creerlo, o como si necesitara creerlo. Como si el francés predicara una buena nueva y todos los asistentes fuesen privilegiados testigos de sus proféticas y santas revelaciones, destinadas a los elegidos.

—Ya no habrá señores, sino el pueblo. Ya no hablará el Senado, sino el pueblo. Ya no regirá el Dogo, sino el pueblo.

Si en Venecia la vida aún era hermosa, en Tierra Firme era una pesadilla. Las sombras alargadas de los dictados del Consejo y de los Tres Inquisidores oscurecían las vidas de todos los súbditos terrestres de la Serenísima. Cada palabra era escuchada por oídos interesados, cada gesto era recogido en cuartillas, cada persona era escudriñada: su pasado, sus intereses, sus amigos y conocidos, sus paseos, sus rutinas, sus quejas, sus apreciaciones, sus debilidades. Era terrible la feroz sogá del poder, que no entendía más justicia que la que le interesaba al Consejo y al Senado, sin más explicaciones. Ellos regían y otros obedecían. Y quien no obedecía era inducido a obedecer o, simplemente, desaparecía.

Por eso había caído la Bastilla. Y eso el Senado era incapaz de comprenderlo. En su ceguera, había rechazado por tres veces las propuestas de alianza con Francia realizadas por el general Bonaparte en nombre del Directorio. Ahora ya era demasiado tarde. Los milicianos no hacían prisioneros. ¿No habían sido esas las instrucciones del Senado?

Antonio se volvió de pronto, al verse sorprendido en la penumbra de los soportales por una familia de rostro descompuesto. Huían. Un padre, una madre, dos hijas. El hombre los detu-

vo a todos, al ver la pistola de Antonio dirigida hacia ellas. ¿Qué decía? ¿Qué era lo que le decía?

En su desesperación, le estaba suplicando que respetara sus vidas. En su desesperación, el padre, olvidando que estaba en tierra veneciana, estaba hablando en el idioma de su niñez. En francés. Antonio Lascaris bajó la pistola y le hizo un gesto amable. Las descargas de fuego proseguían en la plaza. Era apremiante que salieran de allí. Ya había visto lo que estaba ocurriendo: los milicianos comportándose como salvajes con los franceses.

—¡Soy amigo! Venid a mi casa, allí estaréis a salvo.

El padre dudó. Pero no tenía otra opción. Aceptó lo que el destino le ofrecía. Todos corrieron tras el joven Lascaris.

—¡Os lo agradezco! ¡Ay, malditos corregidores! ¡Han cerrado las puertas del Palacio Público para no dejar entrar ni salvar a ningún francés, nos han lanzado a las manos de la horda de milicianos! ¿Cómo podemos ser enemigos, si nuestras vidas están aquí, si mis hijas nacieron veronesas?

Antonio le comprendía bien. Y pensó, entre carrera y carrera, que el Gran Consejo de la Serenísima no cambiaría nunca. El propio Senado declinó defender Bérgamo, Brescia y Saló, y ahora ya se habían perdido; simplemente esquilmo sus territorios, arrojando a sus ciudadanos al hambre para pagar la multa exigida por los franceses. Pero en Venecia no faltaba el pan, los teatros seguían abiertos y las tiendas de carnaval seguían vendiendo sus exquisitas máscaras. En Tierra Firme se pasaba hambre y no se reía. Los muertos con los que tropezaron en las calles, para horror de las niñas, ya no reirían nunca más.

—Un estado que no defiende a sus súbditos, que los usa como escudo para que unos pocos elegidos se salven, no es un estado: es una tiranía —había dicho el francés en Milán entre murmullos aprobatorios.

Y Antonio deseaba la libertad. Estaba harto de oligarcas. Y estaba harto de su padre.